

LA VOZ

THE SPANISH VOICE OF NEW JERSEY
COLABORADORES

Abel Berry, Enrique Padrón, Dra. María Elena Planas, Miguel A. Erice, Rodolfo González, Guillermo Estévez, Luis E. Queralt, Margarita García, Pelayo Balbis Torreyosa, Daneil I. Pedreira, Rodrigo Viamonte, Rafael Domínguez, María Teresa Villaverde Trujillo, Israel Abreu, Dr. Carlos Carbonell, Ricardo Aguirre, Domingo Pujols, Armando Canda

(Las opiniones en las columnas o secciones firmadas son de su autor y no reflejan necesariamente la opinión o el sentir de LA VOZ)

JUNTA DE DIRECTORES

Daniel García Virginia Iturralde
A. García-Berry A. Roberto García

PUBLISHER: Daniel García
EDITOR: Virginia I. García

PUBLICIDAD Y RELACIONES PÚBLICAS
Daniel García

SITIO WEB
Abel R. García

ARTE Y DIAGRAMACIÓN
Federico del Castillo Laura Gruce

FOTOGRAFÍA
Jaime E. Ramírez, Ricardo Aguirre, Jimmy Ortiz

DISTRIBUCIÓN /CIRCULACIÓN
Lázaro Sierra Robert Lee

LA VOZ

Publicado por "The Voice Publishing Corp."
P.O. Box 899 Elizabeth, New Jersey 07207
E-mail: lavoznj@aol.com
Website: www.lavoznj.com

Union County ----- (908) 352-6654
Middlesex County ----- (908) 352-6619
Essex County ----- (201) 352-7448
Hudson County ----- (201) 866-7754
Fax ----- (908) 352-9735

Miembros de:
NAHP, HMC,
NAJH y NJPA



Encienda una Vela

Por: Stephanie Raha
Editor in Chief



Conectando Generaciones(II) Todos ganan

El hecho de que varias generaciones convivan bajo un mismo techo beneficia a las personas de la tercera edad pero desde luego también favorece enormemente a los niños y jóvenes.

En otras palabras: los vínculos multigeneracionales provocan beneficios en ambos sentidos. En el caso de las personas ya mayores, alternar con niños mejora su salud física y mental y le permite vivir más. Cuando las personas de la tercera edad viven solos sufren con el aislamiento y a menudo tienen dificultades para llegar a las citas médicas o visitar el supermercado. Incluso el sencillo hecho de cocinar significa un gran esfuerzo para ellos, de manera que bajan de peso y enfrentan otras dificultades relacionadas con la alimentación.

Las personas quedan maravilladas cuando se enteran que Helen, ahora con 99 años, todavía vive en su propio apartamento. Su independencia a una edad tan avanzada parece impensable para muchos. Pero existe un secreto en el éxito de Helen. Ella está rodeada de familiares y amigos que hacen posible su vida independiente. Su hija visita por ella el supermercado y mantiene en el congelador comidas pre-hechas que apenas requieren unos minutos en el microondas. Su yerno es quien se ocupa de traerle la correspondencia. Sus nietos y bisnietos tienen la tarea de charlar con la anciana para preguntarle sobre los "viejos tiempos" y mantenerla al día sobre lo que está pasando actualmente. Y los vecinos jóvenes la animan a sentarse en el parque cuando el clima es agradable.

La verdad es que nos necesitamos mutuamente. Incluso aunque no tengamos a un abuelo viviendo cerca, lo más posible es que conozcamos a otra persona de la tercera edad que si podría beneficiarse de nuestro cuidado y preocupación.

"El mejor regalo que las personas de la tercera edad pueden ofrecer es la de servir como testigo de la fe, tanto en el seno de la Iglesia como en la sociedad, y convertirse en profesores de las lecciones de la vida, y en trabajadores de la caridad". Juan Pablo II

(The Christophers es una institución sin fines de lucro y por tanto cualquier contribución que se le ofrezca es deducible de impuestos. Para enviar donaciones o hacer preguntas sobre la labor de Christophers los lectores pueden escribir a: The Christophers, 5 Hanover Square, New York, NY 10004)

Libertad hoy. Despotismo mañana

Por Pedro Corzo

La democracia en América Latina enfrenta el riesgo de convertirse en una parodia de sí misma por la falta de honestidad política de sus representantes más notables, que son, al menos en teoría, los presidentes legítimamente elegidos en comicios plurales y transparentes.

Los líderes políticos del hemisferio actúan en el marco de lo políticamente correcto, que en lenguaje común es hacer y decir lo que la mayoría espera y no exponer o defender criterios que puedan provocar crispación o enajenar la voluntad de dirigentes políticos con capacidad de iniciar un proceso de desestabilización que ponga en riesgo la gobernabilidad durante su mandato.

En cierta medida en el hemisferio vivimos en política el viejo refrán de "Pan para hoy y hambre para mañana", y es por la falta de liderazgo de aquellos mandatarios que se perciben y se muestran como genuinos demócratas, pero que en realidad faltan a su obligación de ser honestos e intransigente en la defensa de los valores de una sociedad de derecho. Esta crisis de liderazgo hace que la certeza de un destino común de libertad y democracia, nunca haya sido mas incierta que en el presente, una situación que se apreció con extrema claridad en la última Cumbre de las Américas que se efectuó en Colombia. Temas que no estaban en la agenda como Las Malvinas, una situación lamentable pero "calentada políticamente" por la presidenta argentina, Cristina Fernández para incentivar el nacionalismo, o la participación de Cuba, una dictadura que durante más de cinco décadas ha violado los derechos humanos de forma sistemática y permanente, pero que al parecer ningún presidente y en particular el anfitrión, tenían conocimiento de lo que acontece en la isla, porque solo enfocaban la ausencia del gobierno de Raúl Castro, en el rechazo a su participación por los gobiernos de Estados Unidos y Canadá y no porque en la isla impera una cruel dictadura.

Están en falta líderes del coraje y talento de Rómulo Betancourt, Luis Muñoz Marín y José Figueres, que actuaban en base a sus convicciones y defendían sus criterios sin importar las circunstancias. Los tres y unos pocos más, la lista no es realmente extensa, trabajaron arduamente para que en sus países se estableciera y fortaleciera la democracia, pero también cumplieron con el deber de ayudar a los demócratas de otros países a promover el modelo que querían para el suyo. Hay varias naciones en el hemisferio con la estabilidad política, posibilidades económicas y liderazgo para promover sus respectivos modelos, sin embargo esas potencialidades no se concretan por falta de voluntad o lo que es peor, por temor a generar conflictos internos o internacionales que afecten su mandato. Ejemplos de esa situación los apreciamos en Colombia, México y Chile, por solo referirnos a tres países del continente.

Colombia que ha vivido la trágica experiencia de una subversión financiada y apoyada por el régimen cubano, que posteriormente evolucionó a una narcoguerrilla que compite en criminalidad con los paramilitares, también vinculados al tráfico de estupefacientes, ha tenido la entereza moral de construir una democracia sólida bajo el protagonismo de dos personalidades notables, que lamentablemente no percibieron que el continente demandaba un liderazgo firme para que la democracia se extendiera a otros países, o se fortalecería en las naciones en que estaba quebrantada. Alvaro Uribe, disfrutó de una coyuntura ideal para encabezar una defensa integral de la democracia en el continente, y otro tanto ha ocurrido con su sucesor Juan Manuel Santos, pero ambos decidieron obviar la realidad del continente para concentrarse en los problemas de su país, una decisión válida pero que confirma que los políticos del continente padecen de una severa miopía, porque no han sido capaces de enfrentar los proyectos desestabilizadores que impulsan Hugo Chávez y Rafael Correa.

Otro tanto sucede con Felipe Calderón, México, y Sebastián Piñera, Chile, tampoco a ellos les interesa enfrentar modelos desestabilizadores, temen el riesgo de que su gestión se vea amenazada por el clientelismo que el castrismo estructuró por décadas y que el chavismo mantiene con las riquezas del pueblo venezolano. Paradójicamente es el despotismo que se identifica con el denominado Socialismo del Siglo XXI, el que cuenta con individuos dispuestos a promover sus creencias y trabajan duro y sin temor, a favor de los intereses que defienden.

Hay que reconocer en Rafael Correa y Hugo Chávez, el coraje político que le falta a los demócratas de hemisferio, que con su silencio cómplice y una ceguera conveniente, están ayudando a sepultar la democracia y a un retorno del autoritarismo que porque use ropa de civil, no es menos despiadado que el de uniforme.

Recordando "D-Day" y su significado (6 de Junio, 1944)

Por el Dr. Marvin Folkertsma

A las 2 y 27 de la madrugada del 6 de junio de 1944, el teniente Robert Mathias vio que el bombillito colocado en la puerta de su avión C47 Dakota empezó a pestañar color rojo. Era la señal para que los paracaidistas a bordo de la nave comenzaran a lanzarse hacia el vacío. En el exterior la oscuridad era aterradora y sólo era interrumpida a ratos por los destellos de las balas trazadoras y los disparos de los cañones antiaéreos alemanes Flakvierling 38.

El aparato sobrevolaba en ese

momento la península de Cotentin, situada en la baja Normandía, Francia, a esa hora sacudida por el crepitante fuego enemigo y los desplazamientos de las tropas nazis. Se oía incluso el monótono tabletear de las ametralladoras, un ruido peculiar que, como escribió en uno de sus libros el historiador y especialista de la Segunda Guerra Mundial, Stephen Ambrose, "sonaba semejante al de cientos de latas arrastradas sobre las rocas".

De pronto, justo cuando Robert Mathias estaba a punto de lanzarse, una granada detonó cerca. La explosión trituró su paracaída de reserva, le despojó de su chaleco antibalas y acabó lanzándolo contra el suelo. Entonces el bombillito de la puerta empezó a pestañar color verde. Ya no tenía que lanzarse al combate. Ahora podía regresar a Inglaterra y restablecerse de sus heridas. Los hombres que le acompañaban combatirían sin él. Pero Mathias se puso de pie. A pesar de todo se levantó para cumplir con su deber. Herido como estaba le gritó a sus hombres que le siguieran y saltó a combatir, hacia el peligro, y finalmente hacia la muerte. Un gesto extraordinario que ahora recogen los libros de historia.



Porque todos sabían que estaban escribiendo la historia: desde el más humilde soldado que cargaba un Garand M1 hasta el más importante jefe del estado mayor aliado o alemán. Todo el mundo sabía que el destino de la humanidad y de la guerra estaba en juego. Sobre todo lo sabía Hitler, para quien salir derrotado durante la invasión a Francia constituía "el único factor decisivo en la conducción general de la guerra y por lo tanto en su resultado final".

Hoy día resulta fácil comprender por qué Hitler puso tanto empeño en no ser derrotado en las playas de Normandía. Ya entonces la guerra se había convertido en un descalabro para el Tercer Reich, especialmente en el frente ruso, donde los soviéticos pudieron obtener las importantes victorias de Stalingrado y Kursk en 1943. Ambas batallas consiguieron demoler grandes ejércitos alemanes.

Sin embargo Alemania aún no había sido derrotada. Una victoria aliada todavía resultaba difícil. Los alemanes habían conquistado tanto territorio que podían permitirse el lujo de ganar tiempo para recuperar sus pérdidas, devolver el golpe a los soviéticos, estabilizar la línea del frente en el este, y tal vez realizar arreglos de paz por separado, como

ocurrió durante la Primera Guerra Mundial. Y lo mejor de todo según Hitler: la unidad entre los aliados era endeble, muy débil, y por tanto era imposible que tarde o temprano no surgieran discrepancias entre los enemigos de Alemania.

Curiosamente los responsables de la estrategia aliada también pensaban lo mismo que Hitler en lo concerniente al desembarco en Francia: una fallida invasión constituiría un desastre de proporciones incalculables para los aliados. Llevaría meses, tal

vez un año adicional, reorganizar las fuerzas y volver a intentar un nuevo desembarco. Una demora así le daría más tiempo a los alemanes para prepararse. Tal vez el peor daño iba a ser el moral porque las tropas aliadas acabarían desmoralizadas. La opinión pública norteamericana y británica tampoco perdonarían un desastre de esa índole: los ingleses no estaban en condiciones para más años de guerra, y el pueblo norteamericano eran habitualmente impacientes. Esa presión combinada podría haber concluido las operaciones militares con un armisticio en lugar de la rendición de Alemania, y en un momento además cuando Estados Unidos no disponía de armas atómicas.

Por otro lado las experiencias aliadas en anteriores desembarcos anfios no eran particularmente positivos. Aunque se había tenido éxito en los intentos de Sicilia e Italia, lo cierto es que estos desembarcos se produjeron en costas sin fortificaciones alemanas. Y el ataque realizado por los canadienses durante 1942 en Dieppe, un puerto fortificado en el norte de Francia, terminó en una catástrofe.

No obstante todo lo anterior, los estadounidenses y los británicos sabían que derrotar a Hitler era una cuestión de vida o muerte. No hacerlo era impensable: una derrota aliada significaría un continente dominado por dos potencias totalitarias. El otro escenario era peor aún: una victoria soviética sobre la Alemania nazi daría lugar a la dominación rusa de Europa desde el Atlántico hasta los Urales. De hecho, es esta última posibilidad la que pone en relieve la importancia de la victoria aliada en el Día D o "D-Day". Esa victoria sobre Alemania salvó a Europa occidental de ser conquistada por una Unión Soviética igualmente bárbara. En resumen: las semillas de Occidente durante la llamada Guerra Fría se plantaron en las sangrientas playas de Normandía, y a largo plazo facilitó que dos poderes totalitarios se derribaran: uno en 1945 y el otro en 1991, pero ambos como resultado de nuestra victoria en el Día-D. En su forma simple y directa, Eisenhower lo dijo mejor: "No podíamos darnos el lujo de fracasar." Sus palabras fueron sin duda clarividentes.

Una semana después del Día D, el famoso corresponsal de guerra norteamericano, Ernie Pyle, escribió en su columna: "Hoy más que nunca me parece un verdadero milagro que

(Pasa a la Página 9)